

Las lecturas de hoy me recuerdan de una sección de un libro titulado *Screwtape Letters* por un estudioso y teólogo británico, C. S. Lewis. El libro de Lewis es una serie de cartas de un demonio más viejo y experto, llamado *Screwtape*, aconsejando a su sobrino inexperto, llamado *Wormwood*. *Wormwood* es responsable de asegurar la condenación de un hombre que se llama simplemente «el paciente». En las palabras de *Screwtape*, *Wormwood* debe llevar al paciente a «Nuestro Padre Abajo», que por supuesto es Satanás. *Screwtape* y *Wormwood* viven en un mundo moralmente invertido que considera la preocupación egocéntrica y la codicia de ser el mayor bien.

*Wormwood* quiere tentar al paciente en pecados horribles y terribles; *Screwtape*, sin embargo, le aconseja a ser más sutil. Lo que sigue es, como lo recuerdo, uno de los intercambios verbales. Tratando de ser más sutil, *Wormwood* escribe que tentará al paciente a creer que no hay ningún Dios. *Screwtape* le contesta que esta estrategia podría tener éxito con un intelectual, pero no con este joven. Este joven puede mirar alrededor de él en la belleza y las maravillas de la naturaleza. No podía tener éxito porque tiene sus pies en el suelo.

*Wormwood* sugiere otra estrategia: él tentará al paciente a creer que no hay ningún diablo. Aunque *Screwtape* cree que esa estrategia es más prometedora, le dice a *Wormwood* que el paciente seguramente sabrá que el diablo existe si está al tanto de las noticias. Entonces *Screwtape* le dice a este demonio joven y inexperto que olvide tratar de convencer al paciente que no hay ningún Dios o que no hay ningún diablo. Sólo convénczale que no hay ninguna prisa; tiene tiempo de sobra.

Y, ay, muchos de nosotros parecemos vivir por ese principio: No hay ninguna prisa. Tengo tiempo de sobra. O para enunciarlo como una máxima: Nunca hagas hoy lo que puede hacer mañana. Nuestra lectura del Evangelio de hoy nos recuerda que este tipo de pensamiento puede tener consecuencias desastrosas.

Y es fácil de hacer excusas para nosotros mismos. La vida no sólo parece injusta; es injusta. En todas partes que miramos, vemos injusticia. Los ricos y poderosos no sólo parecen volverse más ricos y más poderosos, pero parecen estar listos para tomar incluso lo poco que otros tienen.

Ante tal arbitrariedad e injusticia, algunas personas tienen la tentación de preguntarse si hay un Dios, o si hay un Dios, ¿cómo puede ser justo? Y si él es justo, ¿cómo puede permitir tan terrible injusticia en la vida? Pero si no hay ningún Dios, si no hay ningún Dios de justicia, ¿dónde conseguimos **nuestro** sentido de justicia e imparcialidad? Ciertamente no lo vemos en este mundo. Este círculo de preguntas, por supuesto, es la base para la enseñanza de la Iglesia que Dios se revela a toda la gente, que Dios les

planta esta semilla de la conciencia en los corazones de todas las personas en todo el mundo.

Pero muchos de nosotros tendemos a cuestionar. Estoy convencido de que tal cuestionamiento es bueno, por que ¿cómo podemos recibir respuestas si no hacemos preguntas? En la lectura del Evangelio de hoy escuchamos a Pedro haciendo el tipo de pregunta que podríamos preguntar: «¿Dices esta parábola sólo para nosotros o para todos?» ¿Observen ustedes que Jesús no le responde directamente a Pedro? La respuesta de Jesús es similar a su respuesta al Maestro de la Ley quien preguntó, «¿Y quién es mi prójimo?» (San Lucas 10:29). Jesús entonces cuenta la historia del Buen Samaritano que rescató y cuidó del hombre que fue asaltado y golpeado. Jesús le preguntó al Maestro de la Ley, «Según tu parecer, ¿cuál de estos tres [que vieron el hombre herido] se hizo el prójimo del hombre que cayó en manos de los salteadores?» (San Lucas 10:36). Jesús a menudo responde indirectamente a una pregunta o incluso responde con una pregunta.

Hay un dicho que si una persona le pregunta a un irlandés una pregunta, siempre responde con otra pregunta. Así alguien le preguntó a un irlandés, «¿Por qué siempre responden ustedes los irlandeses a una pregunta con otra pregunta?» El irlandés respondió, «¿Oh, hacemos eso ahora?»

Jesús responde de una manera similar—no porque él es irlandés, como algunos en mi familia crean, sino porque quiere que abramos nuestras mentes y nuestros corazones a las preguntas que están más allá de nuestras propias preocupaciones inmediatas. «. . . también [usted, Pedro, esté preparado], porque a la hora en que menos lo [piense] vendrá el Hijo del hombre» (San Lucas 12:40). «Dichoso este siervo, si el amo, a su llegada, lo encuentra cumpliendo con su deber» (San Lucas 12:43).

Cuando todo está dicho y hecho, cada uno de nosotros tendrá que estar de pie ante Dios. A veces nos comparamos con otra gente, diciendo, «¿Por qué debería Dios esperar tanto de mí cuando tengo que soportar lo que otros no hacen?» Jesús responde, «¿No escuchaste que no permitiré que seas tentado por encima de tu fuerza?» (cf. I Corintios 10:13). «¿No escuchaste que cada uno de nosotros dará cuenta de sí mismo, no de otra persona, a Dios?» (cf. Romanos 14:12). «¿No te dije, <Al que se le ha dado mucho, se le exigirá mucho; y cuanto más se le haya confiado, tanto más se le pedirá cuentas?» (San Lucas 12:48). Como todos nosotros sabemos, algo será requerido de cada uno de nosotros, pero hay sólo una persona por quién ustedes y yo somos responsable ante Dios. Recordemos el Salmo del domingo pasado, “Ojalá escuchen hoy la voz del Señor, <No endurezcan el corazón»». Que tomemos el tiempo ahora para estar preparados cuando llegue nuestro Amo.